

Hierónimo Lebron vela su puerto
Y busca gente bien aderezada,
Reduciendo las cosas á concierto
Con que pueda hacer una jornada
A lo mismo que tiene descubierto
Don Gonzalo Jimenez de Quesada,
Porque fama comun le certifica
Estar en posesion de tierra rica.

Para cuyos efectos se mejora
Con gente baquiana su bandera,
Con la cual fué camino de la Tora
Diego Rincon guiando la carrera:
Mas no tractaré della por agora,
Por reservarse para la tercera
Parte, donde, con el favor divino,
Larga cuenta daré deste camino.

Cuando partieron estas compañías,
Vió, segun dicen, del mortal subycto
Don Juan de Angulo las postrimerias,
Obispo principal y varon recto;
Y desde á poco número de dias
Fué en su lugar Calatayud electo,
Fraile hierónimo, de quien di cuenta
En lo que mas atrás se representa.

Desde Hierónimo Lebron anduvo
Aquel camino, no sin buena maña,
Con el gobierno que su padre tuvo
Don Alonso Luis vino de España:
También diré después lo que mas hubo,
Y lo que trabajó por la montaña
Al tiempo de venir al Reino-Nuevo,
Porque tractando dél allí lo debo.

Estuvieron aquestas compañías
Debajo de sus sueltos pareceres,
Subyectos á no pocas demasias,
Aprovechándose de sus haberes:
Después el licenciado Miguel Diaz
Vino con bastantísimos poderes;
Y aunque notado de lascivos hechos
Nunca lo fué de robos ni cohechos.

Con todo esto tuvo residencia
De las de por acá la mas terrible;
Después la majestad y la potencia
De Carlos quinto, César invencible,
Al Nuevo-Reino dió real audiencia,
Porque le pareció ser conveniente;
Y desde entonces ella proveia
A Santa Marta quien le parecia.

Vido Calatayud su postrer dia
Por aquel tiempo y en aquel verano,
Y vino con el cargo qué él tenia
Don Juan de Barrios, fraile franciscano,
Predicador en quien resplandecia
Virtud, bondad, valor, celo cristiano,
Incorrupto juez, pastor entero,
Y destos arzobispos el primero.

Por cuyo fin tenemos hoy segundo,
Que se dice don fray Luis Zapata
De Cárdenas, en este Nuevo-Mundo
La cuarta dignidad de que se trata;
Elogio le daremos mas profundo
Si nuestra vital trama se dilata,
Porque como la tal se me conceda,
Lugar mas á propósito le queda.

Tractaremos después en sus lugares
De cada cual á tajo mas abierto;
Y agora vamos á los seculares
Jueces que vinieron á este puerto,
Para que los confines destos mares
Estuviesen en orden y concierto:
Pues, como dicho tengo, los oidores
Proveian aquí gobernadores,

Por defender del bárbaro cercano
Tan importante desembarcadero;
Y el primero que vino por su mano
Conoció ser un noble caballero.
Andrés Lopez Galarza, que era hermano
De Galarza, también oidor primero;
Después Luis Pardo, Luis de Villanueva,
Que dieron de valor bastante prueba.

Y á Manjarés se tuvo gran respeto
En cometer también aquel gobierno,
Por ser á todos capitán aceto,
Segun ha dado cuenta mi cuaderno;
Pero ya lo traian inquieto
Envidias y malicias del infierno,
Maculando sus honras y trofeos
Con falsísima voz de casos feos.

Y aunque cualquiera dellos fué patraña,
Testigos falsos lo hicieron leso,
Tanto, que lo llevaron en España
Y ante el emperador pareció preso;
Mas justicia, verdad y buena maña,
En aire convirtieron aquel peso;
E yo vi los testigos y malsines
Cómo todos ovieron malos fines.

A su casa y honor volvió pujante,
Libre de la maldad que le fué puesta,
Mediante su descargo ser bastante
Y católica vida manifiesta:
Contra fortuna se mostró constante,
Tanto mas cuanto mas era molesta:
Trajo sus indios y repartimientos
Y cargos honorosos con aumentos.

Hizo con los extremos de presteza
Después que vino, sin tomar resuello,
En términos de Bonda fortaleza
Que fuese duro yugo sobre cuello;
Usó de los ardidés y destreza
Que fueron necesarios para ello,
Por que los indios todos del terreno
Tentaron siempre de quebrar el freno.

Mas él salió muy bien con el intento,
Y el del bárbaro fué trabajo vapo;
Al fin los años y el quebrantamiento
Lo privaron del gozo de hombre sano,
Y así murió con gran conocimiento
Hechas las diligencias de cristiano:
Vivenos hoy su hijo don Antonio,
Que de sus hechos da buen testimonio.

Absente Manjarés de aquestos mares
Cuando en España daba su descargo,
Un caballero Gregorio Suárez
De Deza, vino luego con el cargo,
Cuyos servicios fueron singulares,
Aunque su galardón fué nada largo;
Pues honestísimas hijas que deja
Tienen de su fortuna justa queja.

A este sucedió por varon dino
En la gobernacion destos conveses
Juan de Otalora, noble vizcaíno,
Y este gobernador algunas veces
El puerto defendió del torbellino
Y levantada furia de franceses,
Porque esta poblacion en tiempos varios
Ha sido molestada de cosarios.

Unas veces robando sus caudales,
Sin poder escapar la menor pieza,
Otras, que por venganza de sus males
El español las armas adereza,
Y con ayuda de los naturales
También les han quebrado la cabeza;
Aunque decian: á la yerba fina
«; No forsa, no, la mala salvajina!»

Pero después la yerba del salvaje
En ellos imprimió de tal manera,
Que muchos acabaron el viaje
Antes de se partir desta ribera,
Y los hallábamos al rebalaje
Del agua que la mar echaba fuera;
Porque por ser canalla mal regida,
Ningunos escapaban con la vida.

Otras veces por falta de caudillo,
O posible de armas y de gente,
En viendo por la mar algun barquillo,
Aunque no conociesen mal patente,
El vecino cogia su hatillo
Y el rico mercader por consiguiente,
Huyendo la doncella y la casada,
Una desnuda y otra destocada.

Y todos en comun huian luego
Metiéndose por bosques y por cumbres,
Con el rebato y alboroto ciego
Que en los honestos usos y costumbres,
Demás del general desasosiego,
Causaba muchas otras pesadumbres;
Porque, rio revuelto, los mayores
Ganancia dicen ser de pescadores.

También vimos soldados principales
Mas que de paso ir este camino,
A cuestras sus alhajas y caudales,
Y cofres proveidos de oro fino;
Y aun suelen trompezar en otros males
Causados por el bárbaro vecino,
Pues muchas veces nos hacian guerra
Franceses por la mar, indios por tierra.

Y así, yendo cubiertos por florestas
Luis Feijo con otros seis soldados,
Con un cofre de barras á sus cuestras
Que bien valia veinte mil ducados,
Subiendo por las cumbres mas enhiestas
Del Dorsino, do van encaminados,
El cofre del caudal puso en el suelo
Y encima dél un pardo herreruelo.

Y por le parecer lugar seguro,
Sentóse para descansar encima,
A tiempo que hacia muy obscuro
Por ser después del cuarto de la prima;
Estaban cerca de vecino duro,
Cuyo compás también les pone grima;
Sintieronlos los indios, y estan ciertos
Ser gente que huia de los puertos.

Hecho pues por espías el acecho,
Pareciéndoles buena coyuntura
Para que no perudiesen el provecho
Que tan cerca les puso la ventura,
Juntáronse para venir al hecho
Y acometieron con la noche obscura,
Tirando muchas flechas silbaderas,
Y gritando por cima las laderas.

En oyendo la grita y estampida,
En tales ocasiones estupenda,
Abrevian piés cristianos la huída
Dejándoles aquella rica prenda,
Teniendo por mejor salvar la vida
Que perdella demás de la hacienda:
Y así se la dejó, sin hacer cuenta
De podella sacar desta tormenta.

Acudieron los indios al rancho
De lo quel español allí les trajo,
Y cogen el batillo de voleo,
El lio, la petaca y el refajo;
Asen bárbaras manos del manteo,
Y no vieron estar cofre debajo,
De suerte, que dejaron en lo raso
La presa que hacia mas al caso.

De manera, que su caudal escapa,
Sin que fortuna le hiciese mella;
Pero cerca de defender su capa,
Aquello qué él no pudo, pudo ella,
Pues no las faltas, mas las sobras tapa,
Y defendió mejor la rica pella;
Y por dejar al amo con que viva,
Ella tuvo por bien de ser captiva.

Y cuando ya sus rayos estendia
Apolo por aquella cordillera,
Con aumento de buena compañía
Qué fuerza de los indios resistiera,
Volvió Frisol adonde le dolia,
Que de su buena dicha desespera;
Mas aunque con recelos y confuso
Su tesoro halló donde lo puso.

También Juan Alemán por un recuento
Iba con lleno cofre de oro fino,
Y á causa de volver al pueblo presto,
Púsole separado del camino:
Para volver después al mismo puesto
Faltó la providencia de buen tino;
Halláronlo trabajos y porfias,
Mas el desgusto fué de hartos dias.

Estas cosas y otras acontecen
En aquellos lugares cada día,
Donde los sobresaltos que padecen
No puede recoger mi fantasia;
Ni yo podré decir lo que merecen
El contador Bartolomé Garcia
Y Castro, que gran número de años
Aquel puerto defienden destos daños.

Porque gentes finitimas á Flandes
Visitan aquel puerto con frecuencia;
Y en este tiempo fué Pero Fernandez
De Bustos con gobierno y eminenia,
Cuyas virtudes y proezas grandes
Merecen pluma de mayor esencia,
Y así por su valor el rey ordena
Que pase á gobernar á Cartagena.

Otros tenientes hubo, mas no siento
Hecho que de memoria sea dino,
Sino que la justicia y regimiento
Proveyeron después lo que convino,
Y sustentaron bien aquel asiento
Hasta que don Luis de Rojas vino;
Cuyo gobierno fué no sin espanto,
Y así lo tractaré con nuevo canto.

ELOGIO

de don Luis de Rojas, gobernador de Santa Marta, donde
se cuentan las entradas que hizo, y lo demás acontecido
el tiempo que allí gobernó.

CANTO PRIMERO.

La providencia santa de los reyes,
A quien siguen humanas voluntades,
Suele poner y suele quitar leyes,
Segun por tiempos hay necesidades,
Para regir y gobernar las greyes
Subyectas á sus altas potestades;
Y si sus pueblos van en crecimiento,
También de sus jueces hay aumento.

En aquestas provincias y regiones
De las Indias así les acontece,
Pues como van creciendo poblaciones
De reinos y provincias, también crece
El número de las jurisdicciones,
Señalando lo que les pertenece
A los jueces, para que desciera
Cada cual en aquello que gobierna.

Estando pues del reino separados
Doscientas leguas estos moradores,
Para poder mejor ser gobernados
El rey les envió gobernadores;
Y ansimismo fundó dos obispados
Por ser ya necesarios dos pastores;
Y Santa Marta y otros comarcanos
Son hoy al Nuevo-Reino sufraganos,

Por estar hoy arzobispal audiencia
En Santa Fe de Bogotá fundada,
Y catedral que con papal licencia
Fué desde Santa Marta trasladada,
Do hacen dignidades asistencia,
Persona cada cual cualificada,
Que por sus grandes letras y costumbres
Merecian tener mas altas cumbres.

Primer dean fué don Francisco Adame,
Ilustre vaso de virtudes lleno:
Tal me manda razon que yo lo llame,
La cual en su loor no sufre freno,
Pues excepta malicia del infame,
Ninguno negará ser varon bueno;
Llevólo poco ha Dios á su gloria,
Y así nos queda sola su memoria.

Ornamento segundo de aquel templo
Es don Lope Clavijo, arcediano,
Que en letras, en doctrina y en ejemplo
Se muestra ser católico cristiano,
Cuya bondad y merecer contemplo
En honor de lugar mas soberano,
Pues para ir á dignidad mas alta
De lo que se requiere nada falta.

Deste reverendísimo senado
Es el chantre don Gonzalo Mejía,
En quien aquel honor mas encumbrado
No podemos llamalle demasia;
Varon insigne, siempre respetado
De legos y de nuestra clerecia,
Por haber sido siempre don Gonzalo
A todos bueno y á ninguno malo.

Está también en el ilustre coro
Un don Miguel de Espejo, tesorero,
No solo tesorero, mas tesoro,
Hónra y autoridad de nuestro clero;
Cuyas sentencias son bocados de oro
Que hincan el juicio mas enterro:
Al fin es luz y lumbré tal Espejo
De juvenil edad y del mas viejo.

Erigióronse pues dos obispos
De uno que no fué de gran sustancia,
Por estar los lugares apartados
Espacio de grandísima distancia,
Y no podian bien ser visitados,
Segun pide cristiana vigilancia;
De manera que Santa Marta tiene
Obispo de por sí, como conviene.

Fué fray Juan Mendez, fraile dominico,
El primero que por obispo vino,
Hombre modesto, de talento rico,
No menos virtuoso que benino;
Y en todo lo demás yo certifico
No ser de tanta dignidad indino,
Porque en aqueste reino fué su vida
Gran número de años conocida.

Murió cuando venia visitando
Las ovejas que son de aquel aprisco,
Y por su muerte vino con el mando
Otro docto varon, fraile francisco,
Que se dice don Sebastian de Ocampo,
Digno pastor de muy mas alto risco,
De cuya cristiandad, virtud y ciencia,
Tenemos por aca gran esperiencia.

Convento se fundó dominicano
En este mismo tiempo que refiero,
De prelados que en él tuvieron mano
Un fray Luís de Orduña fué primero,
De varia erudición, de pecho sano,
Y en vida y en doctrina muy entero,
A cuya potestad es obediente
El convento de Tunja de presente.

Volviendo pues á los gobernadores
Que de España vinieron proveidos,
Sé decir que con sus competidores
De Bonda, Pocigüeyca y sus partidos,
Fortuna no les dió tantos favores
Que mas no fuesen desfavorecidos;
Y el suceso de don Luis de Rojas
No se puede decir en pocas hojas.

Pero como me tienen puesta tasa
Otras ocupaciones manuales,
Y es la presente tempestad escasa,
Porque no todos tiempos son iguales,
Solamente diré de lo que pasa
Los acontecimientos principales,
Porque se vea desta serranía
Su fuerza, su valor y su porfía.

Vino pues Rojas año de setenta,
Con su mujer, criadas y criados,
Pero no con el fausto que se cuenta
De los gobernadores atrasados;
Mas de sus patrimonios y su renta
Todavía gastó con los soldados
Que trajo, cuyo número no enseño
Porque segun parece fué pequeño.

Todos los moradores deste puerto
Lo recibieron generosamente;
Y como Manjarés fuese ya muerto,
Y el buen Pero Fernandez dél absente,
Regia por buen orden y concierto
Un Francisco de Castro su teniente;
Y entonces él tenía gente presta
Para ir á la sierra mas enhiesta.

Eran ciento y ochenta los soldados,
Serian de caballo los cincuenta,
Los unos y los otros pertrechados
De lo que demandó guerra sangrienta,
Arcabuces y tiros preparados,
Azadones y toda herramienta;
Y el Castro, que podemos decir casto,
De todas estas cosas hizo el gasto.

Lleváronse también ciertos lebreles,
El uno dellos perro señalado,
El cual en guerras de indios infieles
No ganó menos quel méjor soldado,
Y así por hechos malos y crüeles
Fué de diversas partes desterrado:
Llamábase Amadis, y fué mas fiero
Quel otro fabuloso caballero.

Armábanlo también de duro fardo
Como fuese patente la rencilla;
El cual sabia dar tan buen reguardo
Al tiempo que rompía la cuadrilla,
Que piedra, palo, flecha, lanza, dardo,
Era si le tocaba maravilla;
Del cual tenía Castro confianza
Como de un escuadron de gran pujanza.

Porque su principal intencion era
Entrar á Pocigüeyca por la cumbre,
Tomando mas atrás la cordillera
Para llegar con menos pesadumbre,
Y allí fortalecerse de manera
Que viniesen á dar la servidumbre,
Con asentar en la mayor altura
Y en ella colocar nueva cultura.

Nombró por capitán y por caudillo,
Repartiendo la gente que se saca,
Al animoso Diego Jaramillo
Y á Fernán Rüz Cabeza de Vaca,
Que fué con sus consejos el castillo
Que los mayores impetus aplaca;
Fué otro capitán un Fernán Perez
E un Simon de Silva por alferez.

Mayor sarjento fué Carlos de Vera,
Que de veras su buen valor enseña;
Y no menos á toda la bandera
En combatir la mas soberbia peña
El circunspecto Pedro de Ribera,
Natural de la villa de Guareña,
De quien pudiera bien hablar mi boca
Si no fuera negocio que me toca.

Pues como don Luís de Rojas vino,
Pareciendo negocio conviniente,
No quiso perturballe su destino,
Antes al Castro hizo su teniente,
Y al mozo Juan de Rojas su sobrino
Por maestro de campo juntamente,
El cual era de buena compostura
Si fuera tan compuesto de ventura.

Y entonces, como gente novelera,
A ver al don Luis eran llegados
Los indios que mandaban la frontera,
Que fueron del teniente convidados,
Y sobre mesa puestos en collera,
Donde estuvieron todos bien tractados,
Porque para seguir aquel intento
No le fuesen algun impedimento.

Pues nunca cosa que español pretenda
Puede ser por allí tan entre dientes,
Que por indios ladinos no se entienda
Y estos avisen luego á sus parientes;
Y para hacer Castro su hacienda
Fué bien asegurar inconvinientes,
Porque cualquier estorbo que dé pena
El indio de paz es el que lo ordena.

Y aun suelen ayudar al enemigo
Cuando se muestran mas acariciados,
Y porque nadie pueda ser testigo
Van con betun de bija disfrazados;
Por estos malos usos, como digo,
Consigo los llevaron enlazados:
Uno de los caciques fué Coendo,
De los indios de Bonda mas horrendo.

Castro lo halagaba y abrazaba,
Prometiéndole dar de sus despojos;
Mas él de tal manera se mostraba
Que no disimulaba los enojos,
Tanto que parecia que lanzaba
Vivas llamas de fuego por los ojos,
Revolviendo venganzas en su pecho,
Después reconocidas por el hecho.

Estando preparados desta suerte
Teniente, general y compañías,
Al efecto ya dicho se convierte,
Presos estos caciques y las guías;
Y así partieron á la casa fuerte
De Bonda, do estuvieron cuatro dias;
Acompañándolos muchos vecinos
Y el dicho don Luís y sus sobrinos.

Al principio del año que siguiente
Fué sobre tres quinientos y setenta
Del parto de la Virgen escelente,
Segun suele medir cristiana cuenta,
De Bonda salió Castro con la gente
A la jornada que se representa;
Y en efecto llegó con la saca
Al ancon y provincia de Guachaca.

Para tomar allí buena carrera
En la prosecucion de su interese,
Con cierta gente fué Carlos de Vera
Para que por el rio descubriese,
Ayudado de Pedro de Ribera,
El camino que mas cómodo fuese;
Caminaron lavándose la planta
Y algunas veces hasta la garganta.

Dos dias trabajaron, pero como
Fuesen de poco fruto las porfias,
Sin enhestar el fatigado lomo,
Volvieron á buscar por otras vias
Y dieron en un pueblo dicho Domo,
A cabo ya de tres ó cuatro dias,
Y en otro Bobocó, que es su vecino,
Que de paz les salieron al camino.

Dándoles de comer bastantemente
De sus manjares mas acostumbrados,
Que segun la tenían de presente
Para su hambre fueron regalados;
Ansimismo llevaron al teniente
Destos indios gran número cargados
De yucas, de batatas y maíces,
Y otras diversidades de raíces.

Otro camino fué Diego de Andrada,
Hidalgo portugués, noble persona,
Y dijo como tiene rastreada
La poblacion que dicen Cincorona,
Y ser aquella la mejor entrada
Para llegar al valle de Tairona;
De cuya causa se partieron luego,
Y pasaron el rio de Don Diego.

El campo junto con razon bastante
De su viaje para prosequillo,
Castro mandó que pasen adelante,
El maese de campo por caudillo;
Escogióse pues gente vigilante,
Entrellos el Ribera y Jaramillo
Y el capitán Maceta, vizcaino,
Con aquel aparato que convino.

Tomados cuatro dias de sosiego,
Con guías y con paso diligente
Volvieron sobrel rio de Don Diego,
Do los indios tenían una puente,
No buena para caminante ciego,
Por estar de dos árboles pendiente
De yedras-correosas de arcabucos,
A los cuales acá llaman bejucos.

Hallan cortados los espesos rüdos
Por mano de la bárbara canalla,
Y á nado pasan sobre los escudos
Soldados que pudiesen remedialla,
Espadas en las bocas y desnudos,
Porque su desnudez era la malta;
Pero no ven en la contraria banda
Contrarios que perturben su demanda.

Tomaron con trabajo la ribera,
Por ser impetüosa la corriente,
Y el paso remediaron de manera
Que pasaron por él bagax y gente,
Y ansimismo después la que zaguera
Quedaba con el general teniente.
Hallaron luego copia de buñíos,
Pero de moradores ya vacíos.

Paró por descansar el caminante
En un pueblo de buena compostura,
De fértiles labranzas abundante,
Pero no vian viva criatura;
Y tendiendo los ojos adelante,
Tres atalayas ven en un altura,
Y el Juan de Rojas dijo: «Bien seria
Que tomásemos uno para guía.

»Y no seria débil la hazaña
Del soldado que tales piés tuviese
Que cubriéndose bien con la montaña,
Hasta llegar ninguno lo sintiese,
Y en lo raso se dé tan buena maña
Que por lo menos uno no se fuese,
Sino que cuando por la loma salga
Hacer que lijereza no le valga.

Quido por el Pedro de Ribera
Con otros tres de no menos soltura,
En ese punto suben la ladera
Metidos por el monte y espesura:
Los indios venlos cuando salen fuera,
Y cada cual sus pasos apresura;
Pero tan bien corrieron los cristianos,
Que los dos les quedaron en las manos.

Llevados estos dos por los cabellos
Do esperan españolas compañías,
El Juan de Rojas se holgó de vellos,
A causa de tener mejores guías:
Pusiéronles prisiones en los cuellos,
Y así les enseñaron breves vias
Para llegar al dicho Cincorona,
Donde no se halló viva persona.

Cantidad hubo harta de alimento,
Aunque ningún tesoro para el arca.
Seis dias hacen de deteniemento
Por la gran poblacion que se demarca
Y ser aquel el principal asiento
A quien obedecia la comarca:
Algunos indios van por los oteros
Dando mil gritas y haciendo ferros.

Y en efecto la gente que se halla
Recogida de pueblos comarcanos
Un dia presentaron la batalla
A nuestros peregrinos castellanos:
La tierra se convoca para dalla
Juntándose los mozos y los canos;
Pero por cosa cierta se averigua
Faltalles ya la potestad antigua.

Porque considerando lo presente,
Ansi de gente como de riqueza,
Está de lo pasado diferente
Y mil leguas atrás de su grandeza,
Y á mas andar se pierde la simiente
Desta mas que bestial naturaleza;
Y el venir tan á menos esta tierra
No podemos decir que fué por guerra.

Pues son, por los compases de aquel trecho,
Segun y como mas atrás refiero,
Contadas las entradas que se han hecho
Sacando por rescates el dinero:
En esto reparaba su provecho,
Quedando lo demás sano y entero;
Y si encuentros otros han tenido
Mucho mas han ganado que perdido.

Ver pues tan pocos de tan larga suma,
A mí me da motivo y argumento,
Sin entendello, para que presuma
Que gente de tan mal conocimiento
Ha de permitir Dios que se consuma,
Y llegue su total acabamiento;
Pues nunca se verá jamás centella
En ellos de virtud, ni haz olor della.

Pero costumbres se verán malditas
En los que parecieren mas enteros,
Y por la mayor parte sodomitas,
Idólatras y grandes hechiceros,
Con otras abusiones infinitas
Cerca de juzgar cosas por agüeros:
Adoran en efecto los demonios,
Y aquestos no son falsos testimonios.

Malicias hartas reinan en su seno,
Y allá van do la carne los inclina,
Sin haber cosa que les ponga freno
De las que suelen darnos medicina;
Saben cual es lo malo, cuál lo bueno,
Y siguen lo peor á la continua:
Gente tan sin virtud, tan monstruosa,
Que de ley natural no guarda cosa.

Padre con hija, hermano con hermana,
Acontece servilles de maridos;
Ninguno dellos vi que tengan gana
De ser en buenos usos instruidos,
Aunque la voz de religion cristiana
También les ha tocado los oídos:
Un barbarismo es sin luz de ciencia
Y sin remordimiento de conciencia.

Sonles buenos consejos odiosos
Y todo lo que en si virtud encierra;
Pero flojos no son ni perezosos
En el labrar y cultivar la tierra;
En sus oficios son ingeniosos,
Y la holganza se destierra:
Hay muchos tejedores, hay plateros,
Y muchos, de sus usos, carpinteros.

Horadan piedras en color sangrientas,
No malas para mal de los riñones;
Tejen para sus compras y sus ventas
Mantelinas pulidas de algodones;
También se labran muy menudas cuentas
De conchas que llamamos nacarones,
Que por aqueste reino y su distancia
Un tiempo fué rescate de importancia.

Para sus guerras y otros usos vanos
Tienen de plumas ricos ornamentos,
Con que los capitanes mas lozanos
Manifiestan sus bravos pensamientos...
Y así vienen agora muy galanos
A los premeditados rompimientos,
Dejando las alturas y peñoles
Para probarse con los españoles.

No torbellino ni huracán viento
De la media region del aire llega
Con tan apresurado movimiento
Cuando rompe la nube que congrega
Exhalacion del árido elemento,
De la cual con violencia se despega
Huyendo las frialdades de la nube,
Adonde por calores del sol sube:

Cuanta fué la braveza y el estruendo
Que la bárbara gente representa,
Al tiempo que venia descindiendo
Llena de furia, de temor exenta,
Y grita que los aires va rompiendo,
Con intencion y voluntad sangrienta;
Y con aquel furor en breves puntos
Los unos y los otros se ven juntos.

Ordénase la gente castellana
Aprestando siniestras y derechas,
Rompen rodela golpes de macana,
Traspasan los escudos duras flechas;
Pero con todo esto poco gana
La bárbara nacion contra las mechas
Del arcabuceria, cuyos tiros
Causan allí mortíferos sospiros.

El lebrél Amadis, viendo la caza,
Bien como lobo dentro de cabañas,
Unos derriba y otros despedaza
Echándoles de fuera las entrañas,
Hasta hacelles escombrar la plaza
Metiéndose por ásperas montañas,
Quedando solamente del ruido
Ochoa, vizcaino, mal herido.

Pero mediante cura quedó bueno
Por espermentados cirujanos,
Porque los moradores deste seno
No todas veces tienen á las manos
La yerba ni mortífero veneno
Usado de los indios comarcanos:
Dicen también que no prevalecia
Por ya participar de tierra fria.

Vencidos de la suerte que refiero,
Con tres cabezas de indios principales
El Juan de Rojas hizo mensajero
Para llamar al Francisco Gonzalez
De Castro, general, y por lijero
Fué para presentar estas señales
De los que quebrantaron vital gonce
El alguacil mayor llamado Ponce.

Partió, dadas las nuevas, al instante
Y á Cincorona llega, de do luego
Juan de Rojas partió con el restante
A Taironaca sin tomar sosiego,
Que estaba dos jornadas adelante
Pegada con el rio de Don Diego,
Pueblo que segun consta de presente
No debía de ser poco potente.

Ciudad pajiza, pero bien fundada,
Escombrada por parte del oriente:
Es una de sus plazas enlosada
De lajas grandes, puestas igualmente,
Y su hechura va triangulada
Por cada parte cien pasos de frente,
Y en las tres puntas tres grandes caneyes,
Moradas y aposentos de sus reyes,

Que son también pajizos aposentos,
Do suelen morar muchos de consuno,
Y se podian bien sobre trescientos
Soldados alojar en cada uno,
Con servicio, caballos y ornamentos,
Dando lugar á todos oportuno:
Eran pues estos tres de las esquinas
Del rey, hijos, mujer y concubinas.

Como llegasen pues á Taironaca,
Y el lugar estuviere todo vaco,
El español ningun provecho saca
Donde pensó hallar próspero saco,
Porque demás de la defensa flaca,
En todo lo demás estaba flaco:
De Pedro de Ribera sé que trajo
Como trescientos pesos de oro bajo.

Vinoles el cacique después desto
Prometiéndole de paces el emienda,
Y entendiéndose venir con presupuesto
De procurar de ver aquella prenda,
Cuya razon les hizo manifiesto
Estar ya muy atrás en su hacienda,
Porque solian ser gentes tan largas,
Que el oro de guaní daban á cargas.

Pero mirado bien aquel terreno
Cuya dispuscion da mil contentos,
Enamorados del lugar ameno
Y la fertilidad de los asientos,
Parecióles que allí seria bueno
Poblar y señalar repartimientos;
Y así Castro pobló segun es uso,
Y al nuevo lugar Ecija le puso.

Cabildo se nombró, con las decencias
De personas honrosas y buen vaso;
Autos se pronunciaron y sentencias,
Tomada posesion en campo raso,
Haciéndose las otras diligencias
Que se suelen hacer en este caso;
Labrando con hervor en los lugares
De sus huertas, estancias y solares.

Y visto por los indios comarcanos
Aquel negocio ser de permanencia,
Por ver edificar á los cristianos
Con una fervorosa diligencia,
Viniéronles de paz los mas cercanos,
Y al rey Filipo dieron obediencia,
Ayudando también con sus servicios
A levantar los nuevos edificios.

Después de reposar dos ó tres meses,
De los ochenta dellos hubo junta,
Armados de arcabuces y paveses
Para ver lo demás que se barruntaba
A ver por las alturas y conveses
Que acia Rio-Grande hacen punta,
Porque por el compás de aquella frente
Nunca jamás llegó cristiana gente.

Como subiesen mas á los altores
Los ochenta, que todos son infantes,
Descubriéronse pueblos muy mayores
De los que por la sierra vieron antes,
Descomparados de sus moradores,
A causa de estar todos vigilantes
Con muchas atalayas por los visos,
Que por momentos daban los avisos.

Mas como viesan en un alto cerro
Estar cierto gandul por atalaya,
No tuvieron por culpa ni por yerro
Estorballe que á dar las nuevas vaya,
Y así soltaron el cruento perro,
Que no tiene perez ni desmaya,
Hasta hacer con su crúel gobierno
Que llevase las nuevas al infierno.

Aquel lugar estaba confiado
Del especulador que lo velaba;
Pero de duras parcas ocupado,
No pudiendo llegar do deseaba,
Tomaron aquel pueblo descuidado
Con cuanta gente dentro dél estaba:
Procuraron con paz dalles contento,
Y así no se les dió desabrimiento.

Allí duermen con guarda vigilante,
Después de dar al cuerpo su sustento,
Y cuando ya lumbre radiante
Salía de dorados aposentos,
Determinaron de pasar delante
En la prosecucion de sus intentos:
Vieron después de hecho gran desvío
Un valle fondo y un pequeño rio.

Haciase de dos lomas peladas;
Asperas cuevas y derrumbaderos,
A causa de que son avolcanadas
Y son bien necesarios piés lijeros;
Abajo vieron casas asentadas
Y al morador huir por los oteros;
Háblanles lenguas desde los altores
Diciéndoles que no tengan temores:

Que bien puede volverse cada uno
A sus casas, labranzas y heredades,
Pues no van á hacelles mal alguno,
Sino para sinceras amistades;
Demás de nadie selles importuno
En les contradecir sus voluntades,
Porque no se pretende dar disgusto
A los que se llegaren á lo justo.

Cada cual dellos la mujer absconde,
Aunque los llaman amigablemente,
Mas un bárbaro viejo les responde:
«El cacique traerá toda su gente;
Con que vosotros no salgais de donde
Os vemos reparados al presente,
Ni llegueis á morada deste puerto
Hasta ver si venimos á concierto.»

Concedidas aquestas peticiones,
Siéndole dicho que sin temor venga,
Llegóse mas á nuestros escuadrones
Y hizoles allí mayor arénga,
Sacándoles mas llenas condiciones
A fin de que la gente se detenga,
En tanto que la suya desaparece
Con el hatillo que le pertenece.

Tomada la demora que convino
Para poner en cobro sus caudales,
Apresuró los piés aquel vecino
En busca de los otros naturales;
Y en breves horas el cacique vino
Con ocho capitanes principales,
Mas segun eran, túvose sospecha
Ser indios de la mas baja cosecha.

Dijéronles que vuelvan intramuros
Con sus mujeres, hijos y haciendas,
Pues en ninguna parte mas seguros
Que dentro de sus casas y viviendas;
Que no son tan tiranos y tan duros
Que quieran despojállos de sus prendas:
«Y solamente somos pretendientes
De haceros amigos y parientes.

«Aquí traemos paz y no cizaña,
Ni nos suelen mover otros respetos
Sino servir al grande rey de España,
A quien los orbes dos están subyertos;
Y los que en su servicio se dan maña
Viven salvos, seguros y quietos:
Llamad pues los demás á mi presencia,
Para le dar servicio y obediencia.»

Los bárbaros respondén con razones
Que para lo hacer no van derechas;
Y viendo Rojas tales dilaciones
Y otros indicios malos y sospechas,
Mandó que los echasen en prisiones
Quitándoles los arcos y las flechas:
Pusieronles collera y arropeta,
Y dentro deste pueblo se ranchea.

La sombra fresca del supremo monte
Venía ya cubriendo la ladera,
Y en aquel hemisferio y horizonte
Apolo daba fin á su carrera,
Y las obscuras nieblas de Aqueronte
Se daban prisa para salir fuera,
Cuando vieron bajar por un recuesto
Gandul empenachado bien dispuesto.

En todos sus meneos y semblante
Representaba singular soltura:
Tenia proporciones de gigante,
Y no menos feroz en la postura,
Con un carcaz de flechas abundante,
Cubierta solamente la cintura,
Arco que de los hombros va pendiente,
Y en las manos macana prepotente.

Cada cual español está confuso
Viéndolo descender con tanta gana,
Con armas y pertrechos de su uso,
Que son el arco, flechas y macana,
Sin detenerse hasta que se puso
Delante de la gente castellana,
Con tanta baraunda y desatino
Como si fuera espíritu malino.

Pues en el punto que llegó comienza
Con grandes voces y palabras rasas:
«¡Salid! ¡salid! bellacos sin vergüenza,
Sin que mas reposeis en nuestras casas;
Que si ventura quiere que yo venza
Os tengo de quemar en vivas brasas:
¡Salid! ¡salid! ¡salid! malos cristianos,
Recebreis regalos de mis manos.

«Llegados son vuestros postreros hados,
Que de mi furia no podeis huiros.
¿Aguarichas estais encerrados?
¿De temor de la muerte dais sospiros?
¡Mirad, mirad! pues os estais parados
Si son medicinales estos tiros.»
Y diciendo y haciendo tira flechas
No mal encaminadas ni mal hechas.

Quisieran salir muchos desta gente
A se probar en singular certamen,
Y el maese de campo no consiente
Que hagan de sus fuerzas tal examen,
Diciendo: «Con menor inconveniente
Deseo castigar este vejamen,
Este es un perro sin temor ni rienda:
Con otro perro tenga la contienda.

«El lebrél Amadis está pidiendo
Las carnes deste indio para cena,
El cual de ver la grita y el estruendo
Está remordiscando la cadena:
Menester es que venga, y en viniendo
El le dará su merecida pena.»
Van luego dos ó tres de la cuadrilla,
Y al perro le quitaron la trailla.

No Melampo, Harpago ni Dorseo,
Con tanta furia van por el egido
Con Dramas, Harpolos y Melaneo
Tras el señor en ciervo convertido,
Cuanta fué la soltura y el deseo
Del Amadis después quel indio vido;
El cual también como le vió la cara
Para la competencia se repara,

Meneando los piés con buen talante,
Con el baston que punto no se tarda,
Y golpes por detrás y por delante,
Con mas velocidad que fiera parda,
Con ambas manos juega de montante,
De cuyos golpes Amadis se guarda
Y para dar contentos a su vientre
Busca lugar y modos por do le entre.

El perro con furor enervizado,
Los piés como pantera diligentes,
La nariz y hocico regañado,
Mostrando los colmillos y los dientes
Con que tiene de ser despedazado
Sin vaille sus locos accidentes;
Mas el gandul que su vivir pretende,
Con brios varoniles se defiende.

Anda la mortal obra que no cesa,
Sin que para resuello se dé vado,
La pesada macana muy espesa,
Guardándose por uno y otro lado;
Mas el perro le daba tanta priesa
Que ya se ven las muestras de cansado,
Pues el golpe no sale tan entero
Ni con tanto vigor como primero.

Y aunque procura bien no dalle puerta,
Y por todas las partes se recata,
Sucede para dalla mas abierta
Inconviniente grande que lo mata;
Y fué que en el compas se desconcierta,
Y un golpe que tiro lo desbarata
En una piedra frente del alano,
Soltando la macana de la mano.

Quiso luego coger el empulgera;
Pero no se le dan esos lugares,
Porque la presta boea carnícera
Asió con tal furor de los ijares,
Que las humanas tripas salen fuera
Para de las caninas ser manjares;
Y al fin como si fuera débil caza
El lebrél Amadis lo despedaza.

Hechos en tierra viva los entierros
Del miserable que mantuvo tela,
Cubria manto negro ya los cerros
En los cuales hicieron centinela
Suelos el Amadis con otros perros
Que les ayudan a hacer la vela,
Porque los indios que en prisión tenían
Sospechaban no ser los que decían.

Las alturas y cumbres descubiertas
Y desnudas del velo vespertino,
Abiertas del aurora ya las puertas
Por donde sale resplandor divino,
Las gentes vigilantes y despiertas
Prosiguen adelante su camino,
Los sobredichos indios en prisiones
Por algunos respetos y ocasiones.

Los cuales bien mostraban su tristeza;
Mas el cacique con humilde gesto
Pidió relajacion del aspereza,
Haciendo por señales manifesto
Que mandaba hacer naturaleza
Evacuaciones del manjar digesto,
Lo cual se hizo sin tomar reposo
Reconociendo ser uso forzoso.

Pero como salió de la collera,
Las espaldas y calcañares vueltos,
En abajar buyendo la ladera
Todos sus pensamientos son resueltos:
Abrevia lo posible la carrera;
Pero como los perros están sueltos
Vuelan tras él y van en el alcance
Sin poder impedirles aquel lance.

Pensó hallar salud en la huida,
Por huir las zozobras de prisiones,
Y el miserable huye de la vida,
Teniendo nadie tales intenciones,
Solo ser su persona detenida
Por evitar algunos trompezones;
Y así vista la fin deste pagano
A todos los demás dieron de mano.

Prosiguen su derrota nuestras gentes,
Que repartidos van desta manera:
Doce de los mas sueltos y valientes
Perlongando la dicha cordillera,
Sin encumbrar á ver otras vertientes,
Sino subidos á media ladera;
Y por la parte baja va la resta
A vista de los doce de la cuesta.

Iba Pedro García por caudillo;
Los demás son Ribera y un Lozano,
Tovar, Diego y Rodrigo Jaramillo
En parentesco y en valor hermano;
Juan de Beleño, Pedro del Castillo
Bartolomé Pareja, Juan Sedano,
Diego García, y un Martín Gonzalez
Que fué de los soldados principales.

Subiendo no con poca pesadumbre
Por asperisimos derrumbaderos,
Salieron de lo alto de la cumbre
Sobre los dichos doce compañeros
De galgas infinita muchedumbre
Y número crecido de flecheros,
Con tanta grita, tantos alaridos,
Que les atormentaban los oídos.

Son grandes los temores que conciben,
Viéndose desta suerte saltados,
Por no hallar lugar sobre que estriben,
Que todos ellos son avoceanados;
Y como con las galgas los derriben,
Habian de rodar dos mil estados:
Grave peligro si subir pretenden,
Y mas crecido riesgo si descienden.

Bien como malhechor que juez prende,
Y se fortaleció con sacra linde,
El cual de dos extremos grandes pende
Y de ninguno dellos se rescinde,
Pues lo mandan matar si se defiende
Y de morir no duda si se rinde,
Y para verse libre del estrecho
Revuelve muchas cosas en su pecho:

A riesgo semejante sometida
Allí se via la compañía fuerte,
Porque si sube perderá la vida,
Y si baja será hasta la muerte;
Y así su libertad mas conocida
En perplejos remedios se convierte:
Solo llamar á Dios es lo que resta,
El cual su gran bondad les manifiesta.

Pues con venir espesas y derechas
Las galgas declinaban á los lados,
Sin hacer puntería con las flechas
Por no hallarse bien acomodados;
Y acá no se valian de las mechas
Tampoco, por estar como colgados,
Padeciendo grandísima congoja
Hasta que sientan el aljaba floja.

Van luego tras él que los acaudilla
Por los derrumbaderos gateando,
Procurando tomar una cuchilla
De la ladera por do van cortando,
Que para se valer en la rencilla
Tierra mas fija les está mostrando
Y un ensillada della mas á mano
Donde podrán hollar con pié mas llano.

Con el temor de la precipitada
Galga, van separados y disjuntos,
Que por alguno desta camarada
Pasó distancia de pequeños puntos;
Tomaron todos pues el ensillada,
Donde apenas los doce caben juntos,
Y allí los seis de nuestros andaluces
Disparan los fumosos arcabúes.

Porque seis dellos son arcabuceros
A quien toca llevar las cargas hechas,
Y los seis dellos eran rodeleros
Que los arrodaban de las flechas;
Y aunque tienen inciertos los terreros,
Y por allí las vias son estrechas,
Todavía hicieron algun daño
Las balas en el bárbaro rebaño.

Tras esto vino galga de lo alto
Sin punto declinar de la cuchilla,
La cual no dió pequeño sobresalto
A la famosa gente de Castilla;
Mas antes de llegar dió tan gran salto,
Que salvó por encima la cuadrilla:
Dan gracias al Señor omnipotente
Que los libró de riesgo tan patente.

Vido luego la gente que camina
Por lo bajo llegar indios sobrellos;
Oyen el arcabuz y la bocina
Que tocaban los bárbaros resuellos;
Y el maese de campo determina
Enviar gente para socorrellos:
Partieron luego veinte compañeros
De los mas alentados y lijeros.

Con manos y con piés iban garrando
Por aquel reventon de cuesta luenga,
Y el mas lijero dellos escarbando
Para poner el pié do se sostenga:
Pero Diego de Castro fué rodando
Sin hallar por allí do se detenga;
Y á tal punto llegó de la caída
Que ya desconfiaba de la vida.

Pero sin esperar auxiliante,
Los doce suben por las cuestras malas,
Llevando seis rodela por delante,
Ojeando los indios con las balas;
Y como ven venir con tal semblante
Los ministros beligeros de Palas,
Tuvo por bien aquella muchedumbre
De desembarazar toda la cumbre.

Llegados á lo mas alto del puerto,
Cubiertos de sudores y encendidos,
Un valiente gandul hallaron muerto,
Tras pasados de bala los oídos,
Y de la fresca sangre rastro cierto
Por do conocen ir otros heridos;
Y allí, libres del trance riguroso,
Tomaron algun tanto de reposo.

Atalayeron bien aquella frente,
Y como ningun indio parecia,
Antes que se resfrie lo caliente
Del inmenso sudor que los cubria,
Al camino salieron á la gente
Que para su socorro les venia,
No con menos fatigas y sudores
Procurando subir á los altores.

Bajaron todos juntos la ladera,
Buscando pasos mas acomodados,
Adonde Juan de Rojas los espera
Con los demás amigos y soldados.
Apolo daba fin á su carrera
Apartándose ya destos collados;
Y así hicieron luego ranchería
Hasta velle volver siguiente día.

Y cuando revolvía los yugales
Que sobre todos tienen el imperio,
Para restituir á los mortales
La lumbre que quitó deste hemisferio,
Los hombres y los brutos animales,
Ya fuera del nocturno captiverio,
Prosiguen adelante su jornada,
Que no hallaron desembarazada.

Pues aunque caminaron de mañana
Los fuertes y animosos peregrinos,
Mas madrugó la gente comarcana
De los habitantes convencidos,
Con armas ofensivas y con gana
De dar infame fin á sus caminos;
Y así vieron los pasos y las cuestras
Ocupadas de gentes bien dispuestas.

De largas plumas las cabezas llenas,
Diademas de oro por las frentes,
En los pechos chagnalas ó patenas
Que los rayos del sol hacen patentes,
Con otras joyas de doradas venas
De las orejas y nariz pendientes,
Embijados, compuestos y lozanos
Y con arcos y flechas en las manos.

Un gamo cada cual en la soltura,
Páris en la certeza con que tira,
Al impetu primero gente dura
Y el menor un Aquiles en la ira;
La gran ferocidad de su postura
Tal, que pone temor á quien lo mira;
Y el feroz español con todo esto
Procura de ganalles el recuesto.

Requierenles, con paz primeramente,
Segun y como tienen de costumbre;
Pero la paz al bárbaro valiente
Parece que le daba pesadumbre,
Porque por dicho de la lengua siente
Que lo quieren traer á servidumbre;
Y así de flechas eran las respuestas,
Haciendo sus entrañas manifiestas.

Y como se hallasen ya cercanos,
Procurando ganar el lugar fuerte,
Espadas y rodela en las manos
Y tiros causadores de la muerte,
Soltaron ante omnia los alanos
Para mas á placer hacer la suerte;
Y al subir por las cuestras acia ellos,
Los indios les mataron cuatro dellos.

El Amadis con otros tan espertos,
En tanto quel primer impetu dura,
Están detrás de piedras encubiertos
Esperando sazón y coyuntura;
Y cuando della se hicieron ciertos,
Los pasos cualquier dellos apresura,
Y por el mucho cebo de su mesa
En uno y otro y otro hacen presa.

Viendo los indios tan cruenta caza
Y tan fuera de los humanos usos,
Gran multitud con ellos se embaraza
Sin orden, apretados y confusos;
Apuntan arcabuces á la plaza
Con los globos que dentro van incluidos,
Y tanta priesa dan los perdigones,
Que los indios volvieron los talones.

Bien como cuando sale de sus senos
De pródidas abejas gran aumento,
O contra las que corren sus terrenos
O para la labor de su sustento,
Que si por aventura suenan truenos
Y corre destemplanza de algun viento,
Huyen á mas andar destos lugares
A los asientos de sus colmenares:

Así los indios viendo la caída
De sus colaterales y guajiros,
El gran ruido, trueno y estampida
Que hacen arcabuces con los tiros,
Los piés pusieron todos en huida
Con acompañamiento de suspiros,
Largando mazas, flechas y carcajes,
Coronas, diademas y plumajes.

Llevaron adelante su conquista
Los que gozaron destos vencimientos,
Y sin haber furor que los resista
Por estos altos van á pasos lentos,
Hasta llegar adonde dieron vista
A pueblos estendidos en asientos,
Y descubrieron ocho por acechos
Distantes unos de otros pocos trechos.

E porque ven el término cumplido
Que por el general les era dado,
Dejaron de correr aquel partido,
Mas fértil que otros y mejor poblado,
Y así fué con acuerdo difinido
Que no se quebrantase su mandado;
Vinieron todos en aquel decreto,
Y luego lo pusieron en efeto.

Bájronse de aquesta cordillera
Con orden y recato conviniente,
Y fueron perlongando la frontera
Que al valle de Upar tiene la vertiente,
No cerca de la nieve, sino fuera,
Mas bajos por ladera mas caliente;
Y con hacer buen rato de desvío
Pensaron todos perecer de frío.

Por ser flacos los hilos de la tela
Que los cansados miembros les abraza,
Y aun con tener refugio de candela,
Estuvo cuasi muerto Juan Hogaza
Una noche, cabiéndole la vela
Con otros tres soldados de su traza,
Los cuales del rigor estaban yertos
Y á no los socorrer quedarán muertos.

Pues como les faltasen las frezadas
Para poder sufrir tales rigores,
Bajaron á buscar tierras templadas
Por ser mas apacibles los calores;
Hallaban las alturas despobladas
Y cuasi sin ningunos moradores,
Aunque yo dias ha que tuve nuevas
Que los indios allí viven en cuevas.

Y es una gente vil y serranilla,
Y su terreno de substancia flaca;
Salióse pues la gente de Castilla
Encaminada para Taironaca,
Adonde se pobló la nueva villa,
Que de novelas no hallaron vaca,
Por ser de don Luis carta venida
Para la gente toda, desabrada.

Diciendo que no dé repartimientos
El general, sino por su mandado;
Y así por sospechar malos intentos,
Alcaldes y cabildo convocado,
Al Castro hacen mil requerimientos
Para que despoblase lo poblado;
El cual lo rehusó, mas bien se entiende
Ser el primero el que lo pretende.

El Juan de Rojas lo contradecía
Afeando las tales intenciones;
Instancia hizo, pero todavia
Fueron de poco fruto sus razones;
Y aunque no le faltaba compañía,
Pudieron mas las otras opiniones
Contrarias, pues salieron con su intento
Y así desampararon el asiento.

Por Domo y Bohocó se volvió Castro,
Y como fuese general teniente,
Cuasi todos los mas siguen su rastro,
A causa de querello bien la gente,
Porque para ninguno fué padrastro
Y á todos los tractaba noblemente.
Juan de Rojas con guías de la tierra
Por otra parte quiso ver la sierra.

Llevaba solos treinta compañeros,
Todos ellos personas principales,
Mancebos alentados y lijeros
Que en juventud florida son iguales;
Y destos la mitad arcabuceros,
Y dellos el mejor Martin Gonzalez,
Segun mostró, con tres mancebos fuertes,
En un paso do hizo grandes suertes.

Y fué que demandando por Macinga
Indios á Santa Marta ya cercanos,
Cargando moradores de Gauringa
Y de los otros pueblos comarcanos,
Fué menester tenerse á la relinga
Y aprovecharse bien de entrambas manos,
Porque con arco, flecha, dardo, maza,
A los treinta les iban dando caza.

Pues como descendiesen del altura,
Conmovidos de bélico coraje,
Por los acapillar en la fondura
Del valle por do llevan su viaje,
Habiendo de pasar un angostura
La gente del ejército salvaje,
Este Martin Gonzalez fué bastante
Para que no pasasen adelante.

El y otro con sus dos rodeleros
El paso defendieron con tal ira,
Que como fuesen anchos los terreros
No va de balde bala que se tira,
Hasta quel capitán y compañeros
En salvo se pusieron y á la mira,
Tomando las alturas de un repecho
Para se defender mas á provecho.

De los cuatro que vamos refiriendo
Heridos ya los tres de dura jara,
Se fueron poco á poco retrayendo,
Al bárbaro cruel haciendo cara,
Hasta que ya se fueron encubriendo,
Donde su compañía los ampara:
Al Gonzalez y á los demás curaron,
Y de los tres ningunos peligraron.

Porque para curar este veneno,
Que rarissimas veces es curable,
El estiércol de hombre hallan bueno
Y ha sido contrayerba saludable;
Y aunque el olor no sea para seno,
Por no ser apacible ni tractable,
Deseo de escapar destas dolencias
Hace hacer tan sucias experiencias.

Allí hicieron noche con las guías,
Porque la luz del sol se les aparta,
Y antes que se pasasen horas frias,
Ni se pudiese ver letra de carta,
Caminaron, y dentro de dos dias
Llegaron al ancon de Santa Marta;
Y el Castro, mas tardío caminante,
Llegó poco después con el restante.

Al don Luis halló mal enojado
Porque dejó las nuevas poblaciones,
Y sin querer mirar lo procesado,
Requerimientos ni protestaciones,
Lo tuvo ciertos dias mal tractado,
En cárcel y gravamen de prisiones,
Con otros, de quien era manifesto
Tener alguna culpa cerca desto.

Como viesen la cosa de mal arte,
Y les faltase bolsa proveida,
De gente principal del estandarte
No pocos se pusieron en huida,
Para poder buscar en otra parte
Las cosas necesarias á su vida,
Reconociendo su vivir estrecho
Y el riesgo grande sin ningun provecho.

Mitigándose pues las tempestades
Y los rigores del furor reciente,
Incitado por malas voluntades,
Mettióse de por medio noble gente,
Y al fin se celebraron amistades
Entrel gobernador y su teniente,
Con tal que en Pocigüeyca pueblo funde
De donde mas provecho les redunde.

El Francisco Gonzalez lo rehusa
Por ver muchos soldados ya huidos,
Y ansimismo ponía por escusa
Estar los indios ensoberbecidos,
Y numerosa gente ser inclusa
Dentro de aquellos pueblos y partidos,
Y en ir con poca gente y mal reparo
No sucedelles bien estaba claro.

Dijo mas: que la gente que confina
Mas á la mar, aunque venido haya
De paz, es por gozar de la marina
Y por las pesquerías de la playa;
Y si cualquiera dellos se amotina,
Nada podrá hacer cualquier que vaya,
Y si dos ó tres dias sufren carga
No la querrán sufrir mas á la larga.

Importunaron tanto los padrinos,
Que con la voluntad dellos consiente,
Con que para hacer estos caminos,
Por haber poco número de gente,
Vayan esta jornada los vecinos
Y el don Luis de Rojas juntamente;
Entraron en cabildo para ello,
Y en efecto prometen de hacello.

Visto que los vecinos se disponen
A viaje de guerra tan dudada,
Luego Castro mandó que se empadronen
Por lista los que van á la jornada;
Mas entre tanto aquellos se componen,
Quiero yo descansar de la pasada,
Para que la desgracia sucedida
Con nuevo canto sea digerida.

CANTO SEGUNDO.

Donde se cuenta cómo llegó Francisco Gonzalez de Castro á Pocigüeyca
y pobló á las faldas de la sierra, y lo que mas aconteció hasta dejar el
asiento que habian poblado.

Por muchos casos dignos de memoria,
En diferentes tiempos sucedidos,
Es á los hombres cosa muy notoria,
Si no por ojos, si no por oídos,
Que los que salen siempre con victoria
No fácilmente pueden ser vencidos,
Por romper los que fueron vencedores
Sin temor, y los otros con temores.

Y así, segun parece, no se halla
Indios de Pocigüeyca haber perdido
Con españoles alguna batalla
De muchas que con ellos han tenido,
Con carecer de cercas y muralla,
Sino lugar exento y estendido;
Y desta causa ya perdido miedo,
Esperan españoles á pié quedo.

Considerando Castro lo que toco,
Teniendo destas cosas experiencia,
Pareciale ser intento loco
Emprender tan acerba competencia,
El número de los soldados poco,
Y de los indios mucha la potencia;
Pero por redimir prison y pena
Midió su voluntad por el ajena.

Y así, hecha la lista desta gente
Que para tal jornada mejor era,
Se hallaron ochenta solamente,
Algunos recelando la carrera,
Tanto, que por mandado del teniente
Dos ó tres se llevaron en collera,
Porque del conocido detrimento
Ninguno pretendiese ser exento.

Convinieronse pues las camaradas
De los jinetes diestros y peones,
Las espadas y lanzas preparadas
Y sayos de tupidos algodones,
Versetes, arcabuces y celadas,
Los cascos y fornidos morriones,
Con los demás pertrechos y adherentes
De que suelen usar guerreras gentes.

El Juan de Rojas no se quedó fuera
Con oficio de principal caudilló;
Acompañólo Pedro de Ribera,
El Diego y el Rodrigo Jaramillo,
Andrada y Alatrax, Carlos de Vera
Y Juan Beleño, que era su carillo,
El capitán Maceta, Juan Cordero
Y otros que de presente no refiero.

Estos y los demás puestos á punto,
De Santa Marta hacen movimiento;
No sale don Luis con ellos junto;
Ni los vecinos dan consentimiento;
La causa debió ser, segun barrunto,
No convenir dejar aquel asiento,
Porque tenían nuevas de cosarios
Y á vista muchedumbre de contrarios.

Mas á nadie lo tal fué descubierto,
Ni recelaron lance semejante,
Sino que ya salidos deste puerto,
Los soldados echados por delante,
El don Luis debájo de concierto
Había de salir con el restante;
Y así Castro camina con ochenta,
Serian de caballo como treinta.

No cesan hasta ver el señorío
De Pocigüeyca, sierra soberana;
Alojaronse cerca de aquel río
Que de la gran altura della mana,
Al cual antiguos llaman Rio-Frío,
Cuyas orillas tienen tierra llana;
Y viendo de los indios el sosiego,
Determinaron de poblarse luego.

Regularon artifices la traza,
De pedimiento de los populares,
En un largo papel que se embaraza
Con cuadras do señalan los solares:
Aqui ponen iglesia y allí plaza,
Tomando los mas cómodos lugares;
Alcaldes nombran, hacen regidores
De los que les parecen ser mejores.

Después de hechas las reparticiones,
Que fueron desta tierra las primeras,
Luego con acerados segurones
De los cercanos montes y riberas
Cortaron estantillos y hórcones,
Varas, soleras, latas y cumberas,
Para hacer con estos materiales
Las casas y las cercas de corrales.

Viendo los indios cómo los cristianos
Tomaban el negocio tan de veras,
Y cómo con las armas en las manos
Osaban fabricar en sus fronteras,
Acudieron de paz los mas cercanos
Con muestras apacibles y sinceras,
Ayudándoles mas de veinte dias
En obras propias y en las obras pias.

Eran al parecer sanos intentos,
Pues servian en cosas necesarias,
Trayendo siempre de sus alimentos,
Batatas y maiz, y frutas varias,
Sin que los levantados pensamientos
Pudiesen presumir cosas contrarias,
Aunque Castro como quien mas alcanza
De su paz tuvo poca confianza.

Dábales cada cual de lo que tiene
Para tenellos gratos y pacientes,
Y Castro les decia que si viene
No es á destruir ni matar gente,
Sino de la manera que conviene
Hacellos sus amigos y parientes;
Que como tales tracten y contraten
Y que jamás se hieran ni se maten.

Que tomen nuestra fe, dejando leyes
De ceremonias rusticas y vanas
Que hacen en sus casas y caneyes,
Con ritos y costumbres inhumanas;
Que sirvan al mejor rey de los reyes
A quien sirven las gentes castellanias,
Pues es así que siéndole subyetas
Vivirán deseansados y quietos.

Y que si fueren en la paz constantes,
Ellos nunca serian importunos;
Mas sus razones no fueron bastantes
Para de sus resabios ir ayunos:
Antes si pocos acudian antes,
Después jamás pudieron ver algunos,
Y así por ser tardía la venida
Su mala voluntad fué conocida.

Entendióse por cierto que Betoma,
Hombre sanguinolento, viejo cano,
A quien reconocian por Naoma,
Que sobre los caciques tiene mano,
Hizo congregacion en una loma
De los del territorio comarcano,
Y estando gran ejército presente
Quieren decir que dijo lo siguiente:

«Si alguno de vosotros me pregunta
Por cuáles ocasiones ó de dónde
Ha venido hacer aquesta junta,
Necesidad presente le responde;
Pues hay quien al compás de aquella punta
Vele sobre nosotros y nos ronde,
Nos robe, nos maltracte é inquiete
Y á su dominio duro nos subyete.»

»Hacer reparos en aquel asiento,
Salida general de nuestras vias,
Certidumbre nos da ser con intento
De perturbarnos nuestras granjerías,
Y para que sin su consentimiento
No podamos gozar de pesquerías,
Que son en esta tierra no vencida.
Sustento principal de nuestra vida.

»Y no de balde se les representa
Que nos ponen allí gran estrompiezo,
Y que con este solo hagan cuenta
De tenernos el pie sobre el pescuezo;
Y así yo por huir desta tormenta
Las manos y las armas aderezo,
Y mi voluntad es y me parece
Que cada cual de vos las aderece.

»Crear que buscan paz es desatino,
Segun su vecindad es sabidora,
Que si la gozan es por oro fino
O cosas que les pagan de demora;
Al fin quien vive cabe tal vecino
Olvida su cantar y siempre llora,
Pues tienen los subyectos á su imperio
Un mas que miserable captiverio.

»Ingratos á cualquiera beneficio,
Y puestos en tan grande desafuero,
Que demás de morir en su servicio
Han de contribuirles el dinero;
Y entrellos el que tiene vil oficio
Se muestra mas feroz y mas severo:
El amenaza presta, voz y grito,
Desque tiene la suya sobre el hito.

»Entendidas teneis sus condiciones
Y los efectos que dellas redundan
Y cuáles pueden ser sus intenciones,
Pues que dentro de nuestras tierras fundan
Y hacen á gran prisa poblaciones,
Debajo las cautelas de que abundan,
Fingiendo paz que dellos se destierra,
So color de la cual nos hacen guerra.

»Ansi que, justa causa nos levanta
A las armas y bélicos ardores,
Para desarraigar la nueva planta
Que hacen estos locos pobladores,
Cuya fuerza no debe de ser tanta
Que baste para nos poner temores,
Pues mucha gente de mas alta guisa
Nos han dejado hasta la camisa.

»Vistes las majestades y el estruendo
De Lerma cuando vino de Castilla,
Y luego (de que yo me estoy riendo),
Aun no bien comenzada la rencilla,
A uña de caballo fué huyendo
Dejando los tapices y vajilla;
Vistes la mortandad y la miseria
Del capitán Fernando de la Feria.

»Vistes que de la flor de sus soldados
Ovistes muchos vivos á las manos,
Y veis los santuarios hoy poblados
De barbas desolladas de cristianos,
Con otros mil despojos que colgados
Dentro de vuestras casas teneis sanos
Por modo de blasones y ufanía
Y en memoria de vuestra valentía.

»Valor de Poicigueyca conocido
Es el día de hoy adonde quiera:
Al mas aventajado y atrevido
Oyéndola le tiembla la contera;
Y es porque nunca supo ser vencido,
Ni padeció contraste su bandera,
Antes siempre gozó de la victoria
Y ha de permanecer con esta gloria.

»Un solo lancecillo disminuye
La honra que teníamos bien puesta,
El cual á Manjarés se le atribuye
Cuando nos saltó con mano presta;
Mas fué como ladrón á muerte-huye,
Sin esperar el fin de la respuesta,
Pues por presto que fuimos en alcance
Era ya retirado con el lance.

»Mas agora que estamos vigilantes
Por estos que teneis ante los ojos,
Mayores huestes no serán bastantes
Para ponerlos tímidos enojos;
Antes si (como siempre) sois constantes
Habeis de mejorarlos en despojos,
Y así ternán por bien, hecha la guerra,
De dejarnos vivir en nuestra tierra.

»Es pues mi voluntad acerca desto
Quel viejo y el mancebo se prepare,
Y con volantes flechas esté presto
Aquel día que yo les señalare,
Para que las victorias ó denuesto
O por nos ó por ellos se declare,
Y por su mal el español entienda
Esta tierra tener quien la defienda.»

Dijo, y un vejezuelo dicho Dano
Se levantó diciendo: «Buen Betona,
Vuestro consejo me parece sano;
Mas si mi parecer aquí se toma,
No debemos buscarlos en lo llano,
Sino dejar que suban á la loma,
Pues como ya de paz les falte muestra
Ellos han de venir en busca nuestra.»

»Que si para poblar en aquel puesto
No los han ocupado flacos miedos,
Al buen entendedor es manifiesto
Que no deben querer estarse quedos;
Velemos el camino y el recuesto
Y estén arcos pendientes de los dedos:
Que no faltara blanco ni terrero,
Pues tienen de subir por contadero.

»De noche no hay camino que se siga,
Que todos los tenemos derrumbados;
De día subirán con gran fatiga,
Nosotros estaremos descansados;
Y si el ardor del sol no se mitiga,
Ellos han de subir desalentados,
Y entonces al subir de cualquier cuesta
Su muerte desastrada tienen presta.»

Oida la razon del Dano viejo,
En trances semejantes hecho callo,
Y que donde no huella por parejo
Mal puede contrastarlos el caballo,
A todos pareció ser buen consejo,
Y así determinaron de tomallo,
Y con velas y espías por de fuera
Embarazaron toda la frontera.

Vista por Juan de Rojas la tardanza,
Que ya de su pacífica venida
Tiene perdida toda confianza,
Para subir arriba se convida
A procurar buhios ó labranza,
Do puedan proveerse de comida,
Porque mantenimiento les faltaba
Como faltase ya quien se lo daba.

El Francisco Gonzalez bien quisiera
Podelles estorbar estos caminos,
Diciendo cómo ya saben que espéra
A su gobernador y á los vecinos,
Y no ser cosa justa salir fuera
Sin ver de sus consejos los mas dinos,
Que puestos en consulta desque vengan
Aquellos seguirán que mas convengan.

Al cual, la noble gente descontenta
Y harta de esperar, todos á una
Le respondieron que no haga cuenta
De socorro ni de venida alguna,
Sino que la salida les consienta;
Y en este caso fué tan importuna
Que con sus voluntades se conforma
Señalándoles términos y forma.

Salieron treinta y dos á la lijera,
Para por allí número pequeño:
Van Alatrax y Pedro de Ribera,
Rodrigo Jaramillo, Juan Beleño,
Diego de Fuentes y Carlos de Vera,
Que son el andaluz y el extremeño,
El Juan de Rojas que los acaudilla
Juzga por invencible su cuadrilla.

Madrugan, y durante los frescores
Al pueblo suben que tienen enfrente
Los que de Poicigueyca son señores,
Cuyos términos parte la corriente
Del rio que producen sus altores,
Y en él entraron todos libremente,
Por estar sus vecinos retraidos
A los lugares mas fortalecidos.

Trastóranse pajizos aposentos,
Por los que buscan áurea ganancia;
Pero segun sus ricos pensamientos
Nunca se halló cosa de substancia,
Puesto caso que de mantenimientos
Crecidísima copia y abundancia,
De la cual proveyeron los costales,
Con vela de soldados principales.

Porque Alatrax y Pedro de Ribera
Con otros diez de no menos soltura,
Del alto reventon desta ladera
Tomaron luego la mayor altura,
De donde devisaron mas afuera
Diez indios de soberbia compostura,
Haciendo las pernetas y visajes
De que suelen usar estos salvajes.

El Alatrax, que desto se reia,
Enfucia de Amadis el bravo perro,
A todos los demás persuadia
Que fuesen á quitarlos de aquel cerro;
Mas á su voluntad no respondia
Alguno dellos, por parecer yerro,
Esceptos el Ribera y un Morales,
Con un negro del Francisco Gonzalez.

Ribera y Alatrax, arcabuceros,
Puesta la coce ya sobre esllilla,
El negro y el Morales, rodeleros,
Con el perro que llevan de trailla,
Con pies mas afirmados que lijeros
Llegaron á la bárbara cuadrilla,
Do luego descubrió con mil plumajes
Un emboscada grande de salvajes.

Las cuerdas de los arcos se menean,
Suenan en las muñecas los crujidos,
Por una y otra parte los rodean
Con temerosos gritos y alaridos;
Los cuatro que vinieron ya desean
Verse de los amigos socorridos:
Apuntan balas á lo descubierto,
Pero ninguno ven que caiga muerto.

Hacer buenas rodela aprovecha;
Mas al Ribera, bala despedida,
Traspassó luego venenosa flecha
La manga del jubon, sin dar herida;
El negro se la quita con sospecha
Que fuera perdido de la vida,
Pero por no hacer buena rodela
Ovo de perder él la vital tela.

Porque cuando pensó que se repara
De las que descendían del cabeza,
Mortífera, cruel y dura jara
La punta le metió por el un bezo,
Y al tiempo que volvió la negra cara
Otra le segundó por el pescuezo,
De tal suerte que no fué parte cura
Para dejar de ver la sepultura.

El Amadis buscando va lugares
Donde poder cebar su duro diente,
Pero por los flecheros singulares
Aquesta prueba no se le consiente,
Pues luego le pasaron los ijares
Las duras espaldillas y la frente,
Y en el morir las mas largas demoras
No pasaron de veinte y cuatro horas.

Como faltó la fuerza del cachorro,
Y el negro Juan también se les absenta,
Ninguno de los tres pensó ser horro
Ni libre de tan aspera tormenta;
Mas llegó Juan Beleño con socorro
De gente que los tímidos alienta,
Y juntos hacen tal arremetida
Que á los indios pusieron en huida,

Uno dellos ovieron á las manos
Porque les hizo rostro resistivo,
Al cual dieron castigos inhumanos
Y ajenos de católico motivo,
Pues por los intestinos y livianos
Al misero gandul empalan vivo;
Pusiéronlo después en un collado,
A vista del lugar recién poblado.

Al fin llevaron copia de alimento
Para las castellanas compañías
Y reposaron en aquel asiento
Por espacio de seis ó siete días:
Crece de Juan de Rojas el intento
De trastornar aquellas serranías;
Y así debajo destas intenciones
Al Castro le habló tales razones:

«Señor, aquí se quejan los soldados
Por estar tanto tiempo detenidos,
Y no les convenir estar parados
Las manos en los senos y dormidos;
Pues consta que de estar acobardados
Los indios se harán mas atrevidos,
Y su venida es á hacer llana
La gente de la sierra comarcana.

»Su parecer es este, y aun el mio,
A causa de que tengo por muy cierto
Que la prudencia grande de mi tio
No tiene de desamparar el puerto:
Que seria notorio desvario
Y no poco culpable desconcierto
Desarraigar del pueblo sus poderes,
En él dejando solas las mujeres.

»Hagamos por acá lo que debemos
Segun el orden diere gente diestra;
Pues la paz destes indios ya sabemos
Cuán mal y por mal cabo se encabestra;
Y aun como por allá no los busquemos,
Ellos han de venir en busca nuestra;
Y si vinieren como se barrunta
De muchas partes ha de ser la junta.

»Luego mejores son mis opiniones
En illos á buscar á sus alturas;
Estorbaráse las congregaciones
Que hacen sus defensas mas seguras;
Cuanto mas que no son tales leones
Cuanto nos representan las pinturas:
Quel mas valiente y mas aventajado
Al fin es indio vil, desventurado.

»He mirado también con advertencia,
Segun la poblacion que se derrama,
Que no debe ser tanta su potencia
Cuanto dicho comun nos encarama:
Por tanto dé vuestra merced licencia,
Veremos si conforman con la fama;
Pues, como digo, parecer es vano
Que nos estemos mano sobre mano.»

No hizo luego su respuesta llena
El Castro, por quedar algo suspenso;
Mas por no parecer que desordena
La que se le pidió tan por estenso
Le dijo: «Señor, id en enhorabuena,
Y no vais en aquella que yo pienso:
Antes permita Dios que todo sea
Ansi como vuestra merced desea.»

El Rojas apercibe treinta y siete
Peones castellanos y andaluces,
Porque en aquel altor donde los mete
Se habían de hallar entre dos luces;
Aprestaron un tiro falconete,
Preparan las rodela y arcabuces,
Con el demás beligero pertrecho
Que para guerras era de provecho.

En esta coyuntura por Betoma
A ciertos capitanes fué mandado
Quitar el empalado de la loma
Y traello do fuese sepultado;
Tan furioso, que á su cargo toma
La venganza del indio justiciado,
Diciendo: «Quien te dió tan duras penas,
El me lo pagará con las septenas.»